

duque de Burdeos habia suspendido el resultado, mas no pudo impedirle. La atmósfera estaba cargada de odios, y era inevitable que estallase el trueno. Las revoluciones, á la manera de las tempestades, si turban la atmósfera tambien la purifican; y cuando las pasiones políticas han fermentado largo tiempo, cuando los partidos han llegado al punto de no poder oír ni atender; es necesario que la esperiencia venga á dar sus lecciones á los pueblos como á los príncipes; y si las revoluciones no por eso dejan de ser peligrosas, se hacen sin embargo necesarias.

En este estado estaban las cosas, cuando el ministerio formado por el príncipe de Polignac promulgó las ordenanzas. Ellas no fueron la causa de la revolucion de julio; fueron ocasion para ella. Pero tal era el estado de los negocios, que de un lado ó de otro, la ocasion hubiera venido siempre. La Francia se semejaba en aquella época á un barril de pólvora, sobre el cual se paseaban los partidos, agitando sus antorchas. Era inevitable que de una mano ó de otra cayese alguna chispa, que produjese la explosion.



## LIBRO NOVENO.

La revolucion de julio. — Aspecto de París. — Causas de la insurreccion. — La equivocacion de la corona y de la clase ciudadana. — Conspiracion. — Crisis comercial. — Recuerdos de la invasion. — Calumnias. — La clase media no se mezcla sino débilmente en la insurreccion. — Aspecto de Saint Cloud. — La familia real engañada por relaciones inexactas. — El 29 de julio M. de Ragusa evacua la capital. — Consecuencias de esta falta. — Prueba de simpatia dada á *Madama*. — Sus escudos de armas respetados. — La duquesa suplica al rey la deje partir para París con su hijo. — Negativa de Carlos X. — Los negociadores concurren á Saint Cloud. — M. de Semouville. — M. d'Argout. — M. de Vitrolles. — Marcha rápida de los acontecimientos. — *Madama* distingue con un anteojó la bandera tricolor sobre las Tullerías. — Estupor del palacio. — Inquietudes del duque de Burdeos. — Sus palabras. — La revolucion dueña de París. — M. d'Argout precursor de M. de Mortemart, embajador de Carlos X cerca de la reunion Laffitte. — M. de Mortemart no parece. — M. de Sussy presenta la revocacion de las ordenanzas en la cámara. — Malogro de esta gestion. — El nombre del duque de Orleans habia sido pronunciado. — Diálogo de Carlos X con M. de Conny relativo al duque de Orleans. — Actitud del duque de Orleans durante los tres dias. — Neuilly entra Saint-Cloud y París. — Mensaje de M. Laffitte al duque de Orleans. — A consecuencia de un último mensaje, el duque de Orleans llega á París. — Se le propone la tenencia general. — La acepta. — Abdicacion del rey Carlos y renuncia de Luis Antonio en favor de Enrique Dieu-donne. — Carta fechada en Rambouillet. — Explicaciones. — Conducta de la duquesa de Berry. — De Rambouillet aun, quiere venir á París. — El rey se lo prohíbe. — Larga lucha. — El coche de S. A. R. permanece puesto siete horas. — La princesa derrama lágrimas al dar la contraorden de la partida. — La última esperanza de la restauracion se desvanece. — M. de Lafayette y su determinacion. — El duque de Orleans en la casa de la ciudad. — Posicion critica. — La casa de la ciudad abdica

como Rambouillet.—Dirigese la conmocion sobre esta última ciudad.—Aspecto singular de esta espedicion.—Debe malograrse.—Se logra.—Los tres comisarios.—Conversacion del rey y del mariscal Maison.—El rey se decide á partir.—Palabras de *Madama*.—Convoy de la monarquía.—Fin de la revolucion de julio.—Últimas relaciones del duque de Orleans con la rama primogénita.—M. de Mortemart en el Palacio real.—El 9 de agosto.—Los dos grandes actores de esta revolucion, M. de Lafayette y M. Laffitte.—M. de Lafayette dispone del poder.—M. Laffitte se sirve de M. de Lafayette.—La clase media no es revolucionaria al hacer una revolucion.

La historia de la revolucion de julio está presente en la memoria de todos. Quién no se acuerda de aquellos dias encendidos de cólera, en que, bajo el ardor de un Sol de Africa, toda una multitud se arrojó con ímpetu al combate? Las calles de París herizadas de barricadas, aquella poblacion de soldados que el imperio, al retirarse, habia sembrado en todas las profesiones y en todos los oficios, embriagada del olor de la pólvora y asiendo el fusil para venir otra vez á probar fortuna; la niñez en su descuido del peligro, la juventud con el ardor de sus pasiones políticas, la industria cerrando sus talleres, y arrojando en la balanza el peso de las clases obreras: qué mas? Aquella guerra de calles y callejones; de barricadas tomadas y vueltas á tomar; el cañon tronando á golpes precipitados, el ruido de la fusilería y la campana de N. S. en tanto silenciosa, en tanto sonando, movida como estaba por las masas populares; algunas figuras parlamentarias pálidas y tristes ocultándose en la sombra; un combate que no tenia episodios, un cuadro que no tenia pormenores; y en medio de aquella ciudad, en la mayor parte de sus cuarteles, muda y vacía, en un pequeño número de otros llena por el tumulto de la guerra, la guardia real avanzando á pasos lentos,

sin cólera, mas tambien sin miedo, franqueando obstáculos, que volvian á levantarse á su espalda, y obteniendo ventajas sin resultado y triunfos inútiles: tal fué París durante tres dias.

Si se buscaban las causas que pusieron aquellas masas en movimiento, sin duda se deberia reconocer que las ordenanzas de julio fueron la señal de la vasta sublevacion de que París fué teatro; pero seria necesario mostrar mas arriba sus verdaderos móviles. La grande equivocacion de la corona y de la clase ciudadana, que se temian, sin tener motivos serios para temerse; tal fué la ocasion de la crisis. En cuanto á los elementos de la catástrofe, fueron por decontado una conspiracion esencial restringida, pero siempre pronta á todo, permanente, que se acantonó en la legalidad como en una ciudadela, hasta el momento en que, llegando á estallar el movimiento, hizo de él una revolucion, á lo que se debe añadir tambien, la ocasion favorable de una crisis comercial é industrial, cuya gravedad no permitió sondear la crisis política que intervino, pero que fué una de las principales causas que, poniendo á tres ó cuatro causas grandes de la plaza de París en un estado de desesperacion, las determinaron á precipitar sus operarios en la insurreccion, con el pensamiento de que su fortuna política salvaria acaso su fortuna comercial del naufragio, y que se podrian apuntalar algunos mostradores con los despojos de un trono. En fin, existia en las clases populares un sentimiento confuso de indignacion y de cólera contra la invasion europea, á que la desgracia de los tiempos habia entregado la Francia, y las pérfidas calumnias de una prensa poco escrupulosa sobre la eleccion de sus medios, corrompiendo este sentimiento noble y patriótico en sí mismo, habian concluido por persuadir á aquellas

poblaciones, que la restauracion y el extranjero eran compañeros, en tanto que, segun la bella frase de M. Bignon (1), lejos de haber causado la invasion, la Restauracion, al contrario, aligeró el peso de ella, é hizo sus consecuencias menos funestas al pais. Asi una doble equivocacion de la corona y de la clase ciudadana, una conspiracion, y, para no ocultar nada, al lado del mal querer de los enemigos de la autoridad real, las faltas de algunos de sus ministros, una vasta crisis comercial, una preocupacion popular, hé ahí las verdaderas causas que produjeron la revolucion de julio.

En cuanto á la clase media, que se representó despues como la que completó esta revolucion, casi no se la vió sobre el campo de batalla. Algunos jóvenes de cabezas ardientes, felices de poder soñar en medio del dia con la república, siete ú ocho alumnos de una escuela célebre, que percibiendo el olor de la pólvora, abrieron con el ansia de su edad á la guerra que llamaba á su puerta, sin pensar que algunos meses mas tarde habrian ido á buscar en las fronteras combates mas útiles, victorias mas francesas; diaristas en fin, llevados al último estremo por la ley contra la prensa, tales fueron los raros combatientes que se destacaron de la clase media, para tomar parte en las jornadas de julio. Los trages decentes no parecieron sino en corto número; la inmensa mayoría pertenecia á la blusa.

En tanto que estas horribles escenas llenaban de espanto á Paris, habia temores mortales en Saint-Cloud: durante los dos primeros dias se habia engañado al rey sobre la gravedad del movimiento. No

(1). Estado político de la Francia.

era, le decian, mas que una conmocion; todas las medidas estaban tomadas, la monarquia no estaba en peligro. Bajo pretesto de no alarmar al rey, se evitaba el advertirle. Toda la familia real estaba reunida en Saint-Cloud, á escepcion de madama la Delfina, que se hallaba entonces en Dijon, y que no llegó hasta el fin de la crisis. Cuando se acercó el tercer dia, el duque de Ragusa dió orden á la guarnicion de evacuar la capital, sin que jamás se haya podido conocer bien la razon que motivó esta orden. La tropa no fué, ni arrojada, como se ha dicho, ni perseguida. Parecia que despues de haber intentado en vano, someter á Paris durante tres dias, se reconociese que los esfuerzos eran inútiles, y se retirasen del teatro de la lucha para hacer cesar un combate en adelante sin objeto. Esta falta fué capital en las negociaciones que siguieron. La autoridad real no estaba ya en juego, ya no podia disputar la partida: manteniendo las tropas en Paris, habria impuesto las condiciones del arreglo que hubiese mediado, en lugar de que asi no fué, ni aun admitida á sufrirlas.

En medio de estas escenas de trastorno y de violencia, la duquesa de Berry recibió una gran prueba de la simpatia de las clases populares. Por todas partes los escudos reales habian sido hechos pedazos desde la noche del segundo dia: las insignias de la corona y las flores de lis habian sido destruidas. Sin embargo, ningun comerciante premiado por *Madama*, fué insultado ni obligado á abatir su insignia con las armas de la princesa: «Ella daba impulso al comercio, decian, no se debe hacer nada á sus comerciantes.»

En medio de esta espantosa crisis, en que cada hora, cada momento arrebatava una de las esperan-

zas de la monarquía, qué hacía aquella princesa, á quien el peligro había encontrado siempre valerosa, y que jamás había faltado á las circunstancias cuando ellas habian venido á buscarla? Suplicaba á Carlos X la dejase partir para París con su hijo: pero Carlos X oponía su autoridad de rey y de padre á este arriesgado viage. Por otra parte no creía el estado de las cosas tan desesperado para tentar este último medio. ¿No era continua la afluencia de los negociadores á Saint Cloud? Allí se veía á M. de Semonville, que venia á suplicar al rey consintiese en retirar los decretos, bajo la condicion de que la cámara de los Pares y todos los tribunales del reino vendrian á pié á Saint Cloud á pedir humildemente esta resolución. M. d'Argout estaba tambien allí, vacilando como la fortuna, y á su lado M. de Vitrolles, que venia á mostrar á la vista de estos dos negociadores equívocos, un valor siempre pronto en la hora del peligro, y un nombre de antigua fidelidad.

Todas estas contemporizaciones consumieron un tiempo precioso. Debíase tratar cuando se tenia aun en la mano un resto de fuerza, en lugar de dejarse arrebatar poco á poco aquellas reliquias del poder que hubieran podido mejorar las condiciones. Entretanto la insurreccion marchaba sin cesar. El 29 de julio, la duquesa de Berry apoyada sobre el antepecho de una ventana del segundo piso del palacio de Saint Cloud, dirigia su anteojo sobre París, cuyos principales monumentos se divisaban á favor de un cielo purísimo, interrumpido solamente por raras y ligeras ráfagas. Repentinamente la princesa no vé ondear la bandera blanca sobre las Tullerías; otra bandera la ha reemplazado, y esclama entonces: «Gran Dios! diviso la bandera tricolor!» No se la quiso creer por de pronto: tal era la preocupacion y tan falsas

las noticias que habian mantenido la seguridad de Saint Cloud. Asi fué como la madre del heredero de tantos reyes supo la caída de su estirpe.

En cuanto al jóven príncipe, la hora de las lecciones pasa, y por primera vez se interrumpen los estudios acostumbrados. Llega el instante del paseo, y nadie se presenta á conducirlo á él. Por este trastorno de su vida tan arreglada, adivina que debe haber ocurrido un gran desórden. En fin, el rey no le ha mandado llamar, y la noche se aproxima; apenas ha podido abrazar á su madre. «Ahl dijo al fin, cuanto he perdido desde ayer!»

Todo se perdía, en efecto, en París, en el momento mismo en que el tierno príncipe pronunciaba estas palabras. En tanto que las tropas reales habian ocupado la ciudad, la actitud de los miembros de la cámara de diputados presentes en la capital, habia sido equívoca é indecisa. Se habia deliberado mas bien que obrado; las firmas habian faltado á las protestas; todas las proposiciones violentas habian encontrado contradictores; los amigos del órden habian podido levantar su voz y declararse contra las medidas extremas, y entre estos se habia distinguido M. Casimiro Perier, que durante aquellos dias de tempestad, hizo frente, todo el tiempo que pudo, á las pasiones conmovidas, y mas tarde sufrió la revolucion que habria querido impedir. Pero cuando París fué evacuado, todo cambió de semblante. El 29 de julio por la tarde habia venido M. Argout á ofrecer en nombre de S. M. Carlos X, á los diputados reunidos en la casa de M. Laffitte, la revocacion de los decretos, la despedida del ministerio, otro ministerio formado por el duque de Mortemart, y del que haria parte el mariscal Gerard. El anunciaba al mismo tiempo la llegada del duque de Mortemart, que

debía presentarse en la misma noche para hacer oficialmente estas proposiciones á los diputados reunidos. La noche se pasó y no pareció M. de Mortemart. La noche del 29 era tarde para ser escuchado. Al día siguiente por la mañana, cuando M. de Sussy se presentó á los miembros de la cámara de diputados para comunicarles los decretos de que era portador M. de Mortemart, ya no era tiempo. Entonces, en efecto, se habia pronunciado un nombre que complicaba mas una situacion ya tan difícil.

El 31 de julio, el vizconde de Conny, cuyo valor no ha faltado jamás á la vista de un peligro, habia acudido á Saint Cloud. Luego que vió al rey, exclamó: «Como es posible, señor, que en las terribles circunstancias en que se encuentra la monarquía, el duque de Orleans no haya volado al lado de V. M?»

El rey respondió: «Yo le creo en Saint Leu, pero mi primo no accederia á las proposiciones que se le hiciesen. El recuerdo de su padre está presente en su memoria: el duque de Orleans nos es adicto.»

El personaje cuyo nombre complicaba la situacion de un modo tan fatal para la casa de Borbon, era sin embargo el duque de Orleans.

Por una singular fatalidad, su actitud durante el tiempo de la lucha, habia sido, de todo punto semejante á la posicion política que habia tomado durante la restauracion. El duque se habia encontrado, mientras duró el combate, entre París y Saint-Cloud, como durante la oposicion de quince años entre el liberalismo y el palacio. Neuilly no habia derogado los usos del Palacio real. La revolucion estaba en París: la autoridad real en la ciudad mas inmediata á esta capital, el duque de Orleans se mantuvo á igual distancia de una que de otra.

Desde el miércoles 28 de julio á las ocho de la

mañana, M. Laffitte que llegaba á París, envió un espreso á Neuilly para prevenir al príncipe del estado de las cosas en la capital, y suplicar á S. A. R., estas eran las palabras terminantes del mensaje, *tuviese buen cuidado con las redes de Saint-Cloud.* La noche del 29 al 30, el duque de Orleans la pasó en un Pabellon, en medio de su parque. Al día siguiente un nuevo mensaje de M. Laffitte advirtió al príncipe que debía decidirse entre una corona y un pasaporte. El 30 por la mañana no habiéndose presentado M. de Mortemart en la cámara de diputados, donde se le esperaba, una mocion hábilmente preparada por M. Laffitte, que llamaba al duque de Orleans á la tenencia general del reyno, fué adoptada por la mayoría. La misma noche el duque de Orleans llegó de Neuilly, y al día siguiente aceptó, despues de alguna indecision, las funciones que se le ofrecian. Entonces sucedió en Rambouillet una cosa que admiró á todo el mundo, y que era sin embargo sencilla y natural.

Carlos X decidido á renunciar la corona, y el duque de Angulema, que habia pedido en vano á su padre al permiso de dirigirse á París, renunciando por su parte su derecho á la sucesion, concedieron á su vez la tenencia general al duque de Orleans por la carta siguiente.

«Primo mio:

«Estoy profundamente penetrado de los males que afligen y podrian amenazar á mis pueblos, para no buscar un medio de remediarlos. En su consecuencia, he tomado la resolucion de abdicar la corona en favor de mi nieto el duque de Burdeos.»

«El Delfin, que participa de mis sentimientos, re-

nuncia también sus derechos en favor de su sobrino.»

«Vos por vuestra cualidad de Lugar-teniente general del reino, hareis proclamar el advenimiento de Enrique V á la corona. Además tomareis todas las medidas que os conciernan para arreglar las formas del nuevo gobierno durante la minoría del rey. Aquí me limito á hacer conocer estas disposiciones, como único medio de evitar mayores males.»

«Vos comunicareis mis intenciones al cuerpo diplomático, y me hareis conocer lo mas pronto posible, la proclamación por la cual será reconocido mi nieto bajo el nombre de Enrique V.»

«El conde de Foissac-Latour está encargado de entregaros esta carta, y lleva la orden de entenderse con vos para las disposiciones que se hayan de tomar en favor de las personas que me han acompañado, como también sobre los arreglos convenientes con respecto á mi y á mi familia. En seguida comendremos en las demás medidas que sean consecuencia de un cambio de reinado.»

«Yo os renuevo, primo mio, la seguridad de los sentimientos con que soy vuestro afectísimo primo—  
Firmado CARLOS.—LUIS ANTONIO.

Como se ha dicho, era efectivamente una cosa muy natural esta determinación común de los dos puntos opuestos de la política, que se encontraban en la misma elección para la tenencia general del reino. La revolución se acordaba del duque de Orleans en el Palacio Real; Carlos X se acordaba del duque de Orleans en las Tullerías.

Esta carta, que fué depositada en los archivos, estaba fechada en Rambouillet. Siempre se incurria en la misma falta, para tratar alejarse. La autoridad real, poderosa mientras tuvo tropas en París, escuchada apenas cuando las retiró á Saint

Cloud, no fué ni aun oída cuando habló desde Rambouillet.

Sin embargo, hubo en aquella circunstancia una muger que, desde el mismo Rambouillet, pensó cambiar el aspecto de los negocios: esta fué la Duquesa de Berry. Mientras resonaba el cañoneo, había querido salir de Saint Cloud y dirigirse á París. Conociendo que cada paso que la alejaba del centro de los acontecimientos, alejaba á su hijo del trono, repitió su proyecto cuando la corte hubo llegado á Rambouillet. Un oficial de su casa se dirigió á las del suprefecto, M. de Frayssinous, sobrino del obispo de Hermópolis, y le llevó la orden de proporcionar caballos de posta. En tanto que se tomaban estas disposiciones, *Madama* pasó á la habitación de Carlos X, quien la respondió que jamás consentiría en que su nieto se espusiese á gestion tan arriesgada, presentándose en medio del furor de los partidos. *Madama* respondió: «Y bien! no llevaré á Enrique; y añadió con energía; iré sola.» Pero las instancias de *madama* la Delfina fueron tan vivas, y las órdenes paternales tan positivas, que despues de muchos esfuerzos la princesa tuvo que renunciar á su determinación. La lucha fué larga y obstinada: la silla, tirada de seis caballos de posta, permaneció desde las doce hasta las siete en el patio de palacio; y se vieron correr las lágrimas de S. A. al dar la contraorden de la marcha.

Existía en aquellas lágrimas la inteligencia de la situación política. En la crisis en que se hallaban, todo consistía en estar presentes. La duquesa de Berry, una vez en París, podía obrar sobre la población, neutralizar al duque de Orleans, y embarazar á la cámara. La fortuna lo mismo que los hombres perjudica al que está ausente.

Todo fué, en efecto, de mal en peor desde aquel momento. M. de Sussy, como se ha dicho, había presentado en vano á los diputados reunidos en el palacio Borbon, la revocacion de los decretos y el nombramiento de un nuevo ministerio. La cámara, trabajada por M. Laffitte, que principiaba á hablar atrevidamente del duque de Orleans, y atemorizada por M. de Laffayette, que no aceptaria, decia, transacion alguna con la rama primogénita, remitió á M. de Sussy á la casa de la ciudad, donde M. de Laffayette le dió la célebre respuesta que la historia ha conservado: «Es demasiado tarde.» El duque de Orleans, por su parte, se había presentado en la casa de la ciudad, en donde, el abrazo que recibió de M. de Laffayette, decidió de la suerte de S. A. Rey de la Francia, arrastrando las masas, cuya acogida había sido equívoca, y cuyas disposiciones podian pasar repentinamente de la sorpresa y la desconfianza, á una de aquellas irritaciones súbitas que sublevan las olas de la plaza pública del mismo modo que las del Océano.

Esta prueba era decisiva: hasta entonces, dos movimientos habian caminado cada uno en su sentido: el movimiento parlamentario, y el de la casa de la ciudad. Tratábase de saber por quién quedarían los resultados de la victoria. Si la casa de la ciudad hubiéese marchado hácia el palacio Borbon, era asunto concluido: la casa de la ciudad tenia en las manos la accion, aquella fuerza decisiva en las crisis revolucionarias. Pero la casa de la ciudad hizo en esta ocasion casi lo mismo que habian hecho Rambouillet y Saint Cloud, que fué esperar, y en las revoluciones esperar es abdicar. M. Laffitte, que en toda aquella campaña se mostró el general hábil, el Warwick del orleanismo, tomó al momento la ofensiva y

condujo al duque de Orleans hácia aquella casa de la ciudad, que sabia vencer, pero no aprovecharse de la victoria. Desde entonces el movimiento parlamentario tomó el punto ventajoso: la casa de la ciudad se habia suicidado con un abrazo, y desapareció de la escena. Las abdicaciones del gobierno provisional fueron á reunirse á las de la legitimidad. Los hombres de accion cedieron el lugar á los hombres del parlamento, y quedaron sin fuerza y sin empleo en medio de la situacion que acababan de dejar escapar.

Nos engañamos sin embargo. El movimiento parlamentario que conducia entonces M. Laffitte, estaba violentado por la presencia de los Borbones de la rama primogénita en Rambouillet. Estaba demasiado cerca la familia real para que se pudiesen arrebatarse los sufragios de la cámara en la cuestion capital que se le iba á someter. Los hombres de accion que no habian sabido dirigir sus negocios, se hicieron entonces los instrumentos de sus competidores, mas hábiles que ellos. Transportóse entonces al camino de Rambouillet aquel espantajo que sirvió mas tarde tambien los designios de M. Laffitte, alarmando al palacio Borbon. Causaba compasion el asistir á la partida de aquel ejército improvisado. Lleno de aquel valor que recorre las calles en Francia, pero sin organizacion, sin disciplina, los unos amontonados en carros, los otros á pie, estos en coches que habian detenido en las calles, aquellos á caballo, iba este extraño ejército á presentar la batalla á doce mil hombres de excelentes tropas, apoyadas por una numerosa caballería y una artillería formidable. La guardia debia tomar infaliblemente en campo raso la revancha de aquella guerra de calles que se le habia hecho durante los tres dias: quién puede decir el efecto que habria producido en París, sobre todo en las Cámaras, un revés

sufrido en Rambouillet por el ejército revolucionario? Pero todo se les logró á maravilla.

Se habian diputado al salir de Francia. Estos tres comisionados, que precedian algunos horas á aquella asonada que París enviaba en posta á Rambouillet, eran MM. Odilon Barrot, Schonen y el mariscal Maisson.

El rey quiso hablar en particular á uno de estos personajes, con el cual creia poder contar, porque muy recientemente le habia elevado á la dignidad de mariscal, por la insignificante campaña de la Grecia. Carlos X le preguntó bajo su palabra de honor, si era cierto que ochenta mil parisienses marchaban sobre Rambouillet?

El mariscal Maisson respondió: «Señor, yo no los he contado, pero son muchos!»

«En fin, replicó el rey, creis que sean ochenta mil hombres?»

«Tengo el honor de responder á V. M. que no los he contado, pero hay muchos; pueden ser ochenta mil.»

M. Maisson sabia sin embargo que la expedicion de Rambouillet se componia apenas de diez mil hombres mal armados, é incapaces de hacer frente á un regimiento. Al salir de aquella entrevista se asegura que dijo: «Hemos vencido, el rey consiente en partir; pero si yo estuviere en su lugar y en el del mariscal Marmont, y tuviese á mi disposicion esos doce mil hombres de escelentes tropas, y esas cuarenta y dos piezas de artilleria que no esperan mas que una señal, esos locos de Parisienses serian los que volarian.»

El rey en efecto habia consentido en marchar y salir de Francia. Media hora antes se habia adopta-

do un plan de resistencia: debia refugiarse en Vendée, y desde allí tener en expectativa al poder revolucionario situado en París. Pero la conversacion de Carlos X con el mariscal Maisson lo habia trastornado todo; el rey quiso evitar una efusion de sangre que juzgaba inútil, y consintió en tomar el camino de Cherbourg, donde debia embarcarse para salir del reino. Entonces la Duquesa de Berry dijo á su hijo: «Enrique, partamos; han desconocido tus derechos y tu inocencia.»

Se redactó apresuradamente una orden del día para los fieles soldados que habrian aun podido cambiar la fortuna, si se hubiese querido confiar en sus leales espadas, la cual terminaba asi: «El rey transmite por última vez sus órdenes á las valientes tropas de la guardia que le han acompañado; estas son las de restituirse á París, en donde harán su sumision al Lugar-teniente general del reino, que ha tomado todas las medidas para su seguridad y su bienestar venidero (1).» Todo estaba consumado: el con-voy de la monarquía tomó en seguida el camino de Cherbourg.

Así desapareció aquella corona, que la víspera aun se habia mostrado á la Europa y á la Francia toda resplandeciente con la conquista de Argel. No quedaba ya de ella mas que un trono vacío, manchado con sangre en un palacio desierto. En vano, viendo escapársele su inviolabilidad política, se habia formado otra nueva y gloriosa con los trofeos de nuestros soldados. La mano inexorable de la revolucion vino á arrancar la augusta suplicante de los altares de la victoria. Cuando se preguntó en donde es-

(1) Esta orden del día estaba fechada en Maintenou.



taba aquella poderosa dignidad real que llenaba la Europa con su nombre y su grandeza, se os mostró una cosa triste y silenciosa que caminaba con aquel paso lento con que se marcha hácia un destierro: mugeres llorosas, un anciano apesadumbrado con la frente inclinada hácia la tierra; dos niños que buscaban en estas escenas de luto un lugar para las inocentes alegrías de su edad; algunos de aquellos antiguos soldados que habian visto desmoronarse el Kremlin, heróicos testigos de tantas ruinas, y espectadores ahora de una ruina aun mayor: gemidos, lágrimas, banderas que se quemaban, y cuyas cenizas se bebían: fusiles con la boca hácia la tierra, frentes tristes, palabras interrumpidas, todo el aparato del luto, funerales en fin: esta era la monarquía!

Y menos felices que aquel sublime romano, la dignidad real francesa no fué escuchada cuando echando una mirada desdeñosa sobre los corchetes políticos que habian venido á prenderla en los brazos de sus triunfos, mostró con el dedo su bandera ondeando sobre las rocas de Africa, y preguntó si no se iría á dar gracias al Dios de los ejércitos por la nueva conquista de la Francia.

En tanto que la rama primogénita se encaminaba á su destierro, el movimiento parlamentario promovido por M. Laffitte se desarrollaba enteramente. Cuando la familia real estaba aun en Saint Cloud, es decir, en la noche del 30 al 31 de julio, el duque de Orleans, si debe darse crédito al secretario de M. de Mortemart (2) habia hecho rogar á este personaje,

(2) He aquí como M. de Mazas refiere esta entrevista. «Mas de dos horas despues de mi partida de Luxemburg, en la noche del 30 al 31 de julio, un enviado del duque

se dirigiese á su casa para negocios interesantes á la causa del rey, donde le habria dicho: «duque de Mortemart, si veis al rey antes que yo, aseguradle que me han traído á la fuerza á París, pero que me dejaré hacer pedazos antes que permitir se me ponga en la cabeza la corona.» Parece que la presencia del rey cerca de la capital era necesaria para dar al duque de Orleans la fuerza ó el poder de perseverar en esta determinacion, porque ocho días despues de esta conferencia, el día 9 de agosto, poniéndole la corona en la cabeza, cambió en revolucion lo que aun hasta entonces podia llamarse la gran conmocion de julio.

de Orleans se presentó en casa de M. de Semonville, y le rogó le introdujese con M. de Mortemart, para el cual estaba encargado de una mision. M. de Semonville le hizo conducir al entresuelo. Este enviado anunció que venia de parte del señor duque de Orleans á suplicar á M. de Mortemart se acercase á su casa para *negocios interesantes á la causa del rey*: esta última consideracion determinó á M. de Mortemart: su cualidad de ministro le habria sin duda detenido, si se hubiese tratado de otro motivo. El oficial anunció que estaba encargado de conducirla al lugar en que se hallaba el príncipe. Salieron, pues, los dos del Luxembourg hácia las tres de la mañana: las inmediaciones del palacio real estaban llenas de grupos armados, que vivaqueaban en la plaza, en los patios, y en las calles adyacentes: todo este cuartel estaba iluminado con hachones colocados en las ventanas de las casas y sobre las barricadas, y ofrecia un espectáculo terrible y singular. El día principiaba á apuntar. M. de Mortemart ha referido á sus colegas de la cámara de los Pares, que fué introducido desde luego en la habitacion de M. Oudard, secretario del príncipe, donde todo estaba destrozado por las balas: despues M. Berthois, ayudante de campo del duque de Orleans, vino á buscar al duque de Mortemart, y le introdujo despues de muchos rodeos, en una pieza en que estaba el príncipe, al que encontraron estenuado de fatiga, agoviado de calor y medio vestido. El duque de Orleans al ver á M. de Mortemart le dijo vivamente: «duque de Mortemart:

Así se completó la revolución de 1830; revolución cuya ocasión fué el debate suscitado entre la clase media y la corona, sin que pueda decirse que la clase media fué su autor. En vano el 29 de julio M. Casimiro Perier opuso la previsora resistencia de su juicio tan recto y tan ilustrado, al arrebató de las pasiones que rugían al rededor de él: en vano el rey eligió en el duque de Mortemart el hombre que miraba como una de las personificaciones de una aristocracia mezclada á las ideas contemporáneas, para que ofreciese los temperamentos de un espíritu conciliador y moderado, igualmente distante de los extremos políticos. La ausencia inexplicada del segundo lo perdió todo, y la presencia del primero nada pudo salvar. En aquellas horas ardientes, la pasión que obra, vence á la sabiduría que aconseja.

Habia en la casa de la ciudad cinco ó seis hom-

si veis al rey antes que yo, decidle que me han traído por fuerza á París, pero que me dejaré hacer pedazos antes que permitir me coloquen la corona en la cabeza: el rey me acusa sin duda de no haber ido á Saint Cloud. Yo lo siento, pero se me ha dicho que desde el martes por la noche se escitaba al rey á hacerme arrestar, y os confieso que no he querido ir á arrojarme en un avispero: por otra parte, temía que los Parisienses viniesen á buscarme, y me he encerrado en un retiro seguro y conocido solamente de mi familia; pero ayer tarde una multitud de hombres han invadido á Neuilly y me han hecho llamar en nombre de la reunion de diputados. Habiéndoles contestado que yo estaba ausente, estos hombres declararon que la duquesa con todos sus hijos serian conducidos á París, y permanecería presa hasta que pareciese el duque de Orleans. La duquesa asustada por sí, y temblando por sus hijos, me escribió un billete con la mayor urgencia, instándome á volver lo mas pronto posible, el cual me remitió con un hombre de confianza. Yo no he vacilado al recibirle, y he venido á libertar mi familia, habiendo llegado aquí muy entrada la noche.»

bres chorreando de sudor y hambrientos de gloria, que querían sacar las últimas consecuencias de una victoria inesperada. De una cuestión social, hicieron una cuestión de personas. Los recuerdos de la antigua casa de la ciudad de 89, en la que estaban reunidos, les soplaban en el alma no se qué fiebre de soberanía, qué vértigo de dictadura de que estaban trasportados. Una multitud ardiente los rodeaba, regocijada de jugar á la revolución como había jugado á la batalla. En medio de aquel impulso se encontró un hombre que reuniendo todos los defectos, sin tener un solo vicio, enamorado de los oropeles del poder, mas bien que del poder mismo; no usurpó jamás, como efímero dictador, sino para abdicar, y como maestro de ceremonias de todas las revoluciones, mas bien que revolucionario, entendió siempre más de presidir una comitiva que de conducir un partido. Su alma de anciano se abría á la vista de aquellas escenas populares que rejuvenecían su caducidad po-

«El duque de Orleans, despues de haber anunciado á M. de Mortemart que la reunion de los diputados le había nombrado Lugar-teniente general del reino, como un medio de impedir que M. de Laffayette proclamase la república, le preguntó si sus poderes se estendían hasta la facultad de reconocerle en sus funciones. M. de Mortemart respondió que no podía, y que aun había protestado, como ministro, contra este acto la vispera en el Luxembourg, aunque en su cualidad de francés le juzgase muy á propósito para poner un freno á la anarquía.»

«M. de Mortemart se retiró, anunciando al duque de Orleans que iba á buscar los medios de hacer conocer al rey la situación de los negocios, y la necesidad en que se encontraba de ser revestido de poderes mas amplios para entablar nuevas negociaciones, y conducir las á un resultado satisfactorio.»

(Extracto de las memorias para servir á la historia de la revolución de 1830, publicadas por M. Mazás, secretario de M. de Mortemart.)

litica. Aquella casa de ciudad adornada de los tres colores, aquella muchedumbre, aquel ruido, aquellos oradores, aquellas armas, aquel desorden, aquella noche iluminada con mil fuegos, todo le ilusionó. Creyó que una página de la historia de 1789 se habia desprendido, y caído en 1830 para regocijar sus últimas miradas, y cuando se trataba de pronunciar una palabra de porvenir, se puso á delirar en lo pasado. Pero hubo dos momentos, dos momentos rápidos, en que los delirios de este hombre fueron sentencias políticas: 89 vió el primero; 1830 el segundo. Estraño ejemplo de los caprichos de la fortuna, qué vá á tomar por la mano un idolo y le coloca sobre el pedestal de la historia, pero destino que se comprende cuando se vá al fondo de las cosas! M. de Laffayette tuvo la posicion de su genio. Jamás fué un poder; dos veces fué un interregno. Era el hombre mas propio para ocupar el poder sin tomarle.

La historia de los nueve primeros dias de agosto, que, viniendo en seguida, tuvieron tanto lugar en nuestros destinos, es tan clara y tan precisa, y cuando uno se refiere á los sucesos, es fácil abrazar de una sola mirada el mecanismo del movimiento que ha producido tan graves resultados.

Cuando la conmocion de los tres dias hubo entregado á Paris y á los dos poderes parlamentarios, á ellos mismos, la revolucion no estaba hecha aun; diremos mas, no estaba acaso, ni en el pensamiento de la cámara electiva, ni en los deseos de la clase media; pero habia entonces dos poderes que, mas fuertes que las cámaras, contribuyeron de una manera diversa á cambiar la conmocion de julio en revolucion. Estos dos poderes se personifican en dos nombres propios, el de M. de Laffayette, de quien ya hemos hablado, y el de M. Laffitte. Este repre-

sentaba en la cámara electiva lo que se podia llamar la conspiracion; M. de Laffayette por el recuerdo de sus antecedentes revolucionarios, representaba en el pais la república. Consiguiente á esto, el primero de estos dos hombres se sirvió maravillosamente del terror que inspiraba el segundo. M. Laffitte hizo de la casa de la ciudad y de M. de Laffayette un espantajo, una especie de cabeza de Medusa, que presentó á la cámara y á la clase media para precipitarla en la combinacion que él queria hacer prevalecer. La cámara y la clase media, se encontraron conducidas á aceptar, á desear aun el suceso de la combinacion de M. Laffitte, por temor de otra peor. Ellas dejaron hacer una revolucion precisamente porque no eran revolucionarias. Póngase cuidado; en efecto, si el 9 de agosto fué una revolucion, en el pensamiento de la clase media fué una reaccion. Ella no vió sino la anchura que separaba las barricadas, que aun ocupaban las calles, del trono que iba á levantarse; partiendo la autoridad real para el destierro, la clase media quiso á lo menos conservar su imagen.



... por la noticia de los decretos, habia llegado en...